

GAGETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Viaje al corazón del frío III



Es muy probable que hayas percibido, lectora lector amado, que en los dos primeros capítulos de esta Crónica de Indias, el autor estaba de un talante magnífico. Te aviso que ya no lo estoy. Me desquician la cobardía y la hipocresía de nuestros políticos. Desde Carstens que es una rolliza hiena comisionada por Calderón para quitarnos a los causantes cautivos lo poquito de carne que nos queda, hasta los diputados quienes, según los mostró el siempre higiénico López Dóriga, dan todos juntos la impresión de que "La Escuelita" (programa inteligente si los hay) se va a transmitir ahora desde San Lázaro. Nuestros diputados no saben hablar, no saben pensar y sus instintos hartos primarios apenas les dan para obedecer la línea que les marcan sus líderes y para balbucir tonterías. Todo esto mientras el animal de Fernández Noroña ya convirtió el "sagrado recinto" en sucursal del "News Divine". ¿Para mantener a estas acémilas es que quiere nuestros impuestos Don Carstens?, y tú, amada Josefina: ¿ya te diste cuenta de la recua que encabezas?

Por esto digo que ya no estoy tan de buenas. Tampoco estoy en la orilla de una hondísima depresión. A mí me ha sido con-

ferido el beneficio de poder ventilar mis enojos y me fue concedido el don de la risa que jamás me ha abandonado. Estoy convencido de que por muy adversa que sea la situación, tú y yo, lectora lector querido, nos podemos aliviar con una buena dosis de carcajadas.

O sea que yo estaba en el mismísimo escritorio del General Tururú quien, para mi total sorpresa, me dijo lo siguiente: lo que yo quiero de usted es que sea mi amigo. Algo ocurre que el General Tururú siempre termina haciéndome sentir abrumado. Por supuesto que yo le extendí mi mano para ya no soltársela jamás. Mis amigos son para siempre, o hasta que alguno muera, lo que ocurra primero.

La sana costumbre de almorzar en su oficina quedó establecida. En cierta ocasión me dijo: creo que ya es hora de que nuestras señoras se conozcan y platiquen. La sugerencia me pareció muy razonable. Al siguiente almuerzo me presenté acompañado de la que ahora es conocida como "La Pasada Administración". Desde un principio, todo fue cordialidad y buena conversación. La música ambiental estaba perfectamente escogida, pero en algún momento, me pareció que, por bien de la charla, podríamos bajarle un poco el volumen. Con voz discreta así se lo hice notar al Ge-

neral Tururú quien me dijo: ¿le parece, Don Germán?, venga, acompáñeme a bajarle un poquito. Nos pusimos de pie, caminamos rumbo a un gran cortinaje detrás del cual estaba el equipo de sonido. En ese momento comenzó a sonar el Coro de Nabucco de Verdi, el dulce himno de la libertad. Era la música que acompañaba al ya muy enfermo Dr. Nava en su peregrinación desde San Luis Potosí. Terminó el coro. El General y yo nos asomamos detrás del gran lienzo y descubrí, como descubriré en mi llegada al cielo, al coro íntegro de La Secretaría de la Defensa acompañado por un grupo de Cámara también de la milicia. Esto ha sido siempre para mí el hombre que me invitó a comer en el corazón del frío: una indecible y grata sorpresa. Bien sabe que entre su esposa y él, no hay corazón que no se entibie. Y ya.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDCLII (1652)

MONTIEL y Noroña.

Cualquier correspondencia con esta columna que sonríe, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

